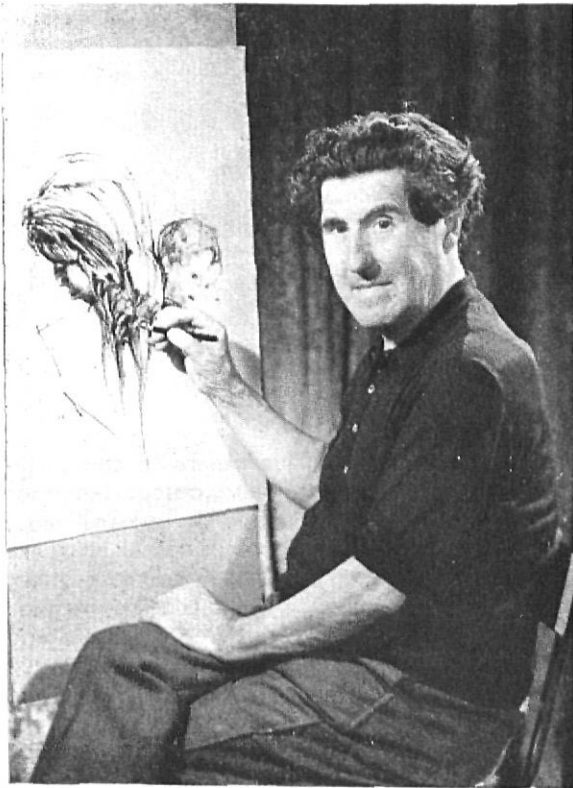


— A través de sus brujas, gitanas, quijotes y payasos con colorido y línea firme, es como si nos mostrara la profundidad y evolución del ser y sentir humano.

# Marian Baig Minobis



El «Museu de l'Empordà» de Figueras, auténtica caja de Pandora en la que se muestra al visitante el arte, cultura y por ello historia de nuestros antepasados, tuvo el acierto de reservar, apenas entras en él, una magnífica sala de exposiciones, convertida en continuidad expresiva de estas inquietudes, por la que van desfilando obras previamente seleccionadas, que cumplen con la misión específica de dar a conocer los más relevantes aspectos pictóricos.

Una de las exposiciones presentadas fue la del ampurdanés Baig Minobis. El acierto de la presentación fue total, ya que el reconocido valer artístico de Marian Baig Minobis, se unía el hecho de su personalidad ampurdanesa, profundamente humana en la expresión cotidiana, y que, ante la tela, sabe desprenderse de la materia didáctica que le rodea, para dejar que sea el espíritu quien guie la mano.

Baig Minobis no vino a descubrirnos nada sobre sí mismo, por cuanto había alcanzado ya las cotas de esta madurez en la que, sólo con continuidad, se rinde el mejor tributo al arte, y por ende, a aquellos que como aficionados, o simplemente como espectadores del mismo, son capaces de percibir ese hábito que puede transcribirse en variadas formas.

Para nosotros, Baig Minobis es, ante todo, un gran artista que podría expresar su mundo interior a través de la música o la literatura, —quizás porque es un poeta—, pero que escogió la pintura quizás porque así puede decirnoslo a través del color, esa expresión viva o triste, radiante o pausable, pero profundamente humanizada.

El nos muestra a través de la paleta en su mano —trampolín preciso entre el corazón que queda detrás—, que le infunde sentimiento, el cerebro que lo dirige y ordena, pero con la amabilidad del corazón, y la tela, situada frente a él, como un gran atril musical, donde no está escrita la obra, sino la blancura de la tela en la que vierte con notas de armonía, punzantes a veces, tanto por la temática como por el anagrama del dolor, en pos del equilibrio.

Un mundo propio, una visión personal, impulsada por la propia sensibilidad, que crea las líneas y con ellas formas, colores y la capacidad de transmitir en la forma más concreta, si bien guardando, anteponiendo diríamos el sentimiento asimismo ductil en cada obra, cual si a través de ello lograra más plenamente com-

por **Gil Bonancia**



La Panera

partirlo con los demás, en el diálogo siempre elocuente del silencio auxiliado por la mirada que tan maravillosamente transmite los profundos sentimientos.

La fidelidad a su Ampurdán es nota constante en su obra. Ama tanto a su tierra como a su arte, y se vale de este para tributar homenaje a aquella, y de aquella, para hallar el colorido tan característico de ella, que quizás la distingue dentro las escuelas. Es él, como el eje de esta balanza equilibrada en su centro, porque en cada uno de los platillos hay idéntica cantidad de sentimiento, amor, veneración, admiración incluso, hacia la tierra y hacia el arte. Por ello ni ha renunciado de uno en favor del otro, ni ha herido susceptibilidades, porque dentro su energía interpretativa, sabe tener un sentir patriarcal, no de falso profeta, sino auténticamente situando cada momento, cada expresión, cada tema diríamos, en su justo punto, sin llegar a la dureza, sino simplemente a la realidad.

Baig Minobis tiene esa especial sensibilidad para describirnos este su mundo, —que es el propio nuestro, pero él lo contempla desde un

lugar privilegiado—, y que quiere lo compartamos a través de su obra que va descubriéndonos nuevas facetas que, teniendo a nuestro lado, nos hubieran pasado desapercibidas si no fuera por esta palabra cálida a veces, enérgica otras, de sus cuadros, que nos invitan a contemplar lo señalado. Baig Minobis, aparentemente ajeno en algunos momentos a nuestro mundo, al que algunos quieren calificar de real, sin tener en cuenta a veces la falta de capacitación para ser nosotros quienes podamos enjuiciar, mientras que el pintor, lo analiza antes de decidirse a hablarnos de él, a mostrarnoslo desde su ángulo. Baig Minobis, analiza, ama, siente expresa... pero siempre con sinceridad.

Visitar esta exposición, era efectuar un recorrido por los más diversos lugares, acompañados, guiados, cual cicerone ausente físicamente, pero presente en espíritu, de su autor. Incluso la continuidad numérica, daba el ritmo adecuado, a las sugerencias que nos retransmitía.

Con el número 1 estaba el titulado «Bodegó del moresc» con una verticalidad tan válida en ciertos momentos. El dos «Interior», respiraba

esta paz hogareña. El «Bodegó del pa i oli», era como un símbolo evangelista. «Pomes» con el número cuatro, representaba una discordia en la colocación, como señalando el papel que se le dio a este fruto en las relaciones humanas. El cinco era «La noia del mocador», la serenidad femenina. «Tord», una naturaleza muerta con mucha vida. El siete se titulaba «Bruixes», y era como una transfiguración acrecentada con la pena de contemplar una imagen de Venus. Las brujas, juegan importante papel en la obra de Baig Minobis.

El ocho «Tovalles», un pan colocado como en una mecedora que también acoge al hombre. «La Panera» con sus mimbres en función de guardar el panecillo, nueces, etc. Como podrá apreciarse, el tema, da de por sí el contenido de la obra, aunque nosotros, en este caso, señalemos unas sugerencias que, naturalmente no pasan de ser personales y como tales queremos señalarlas.

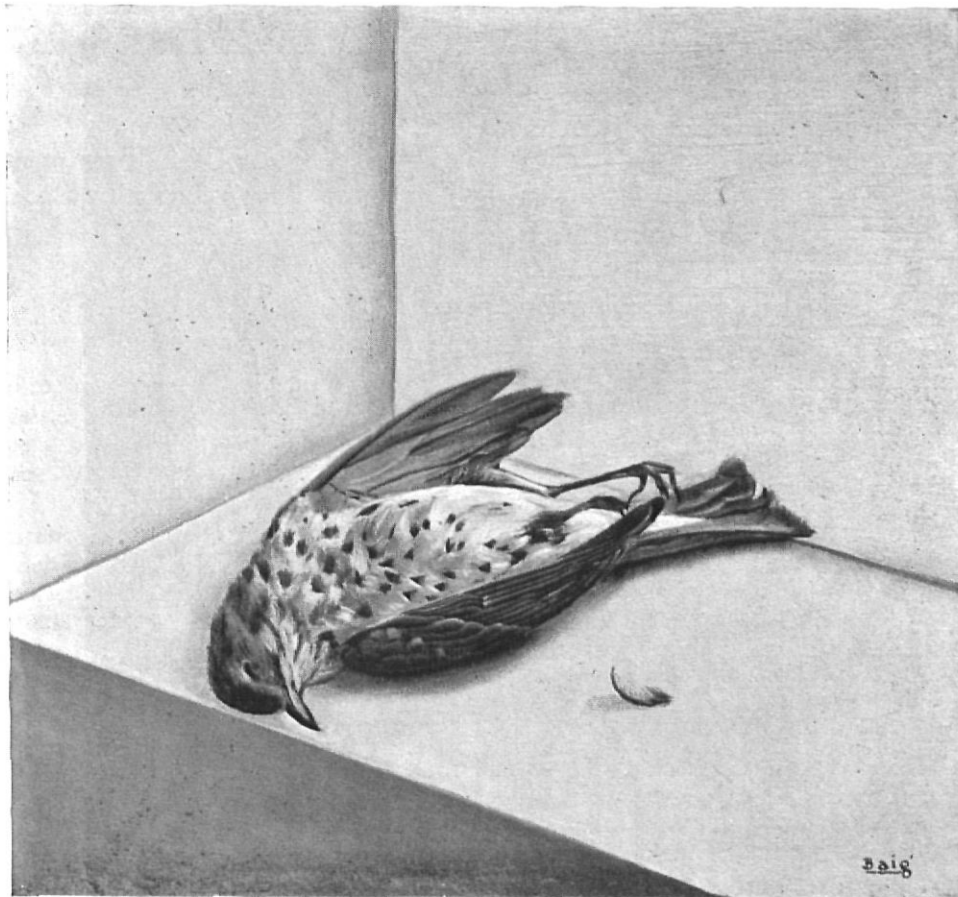
El diez, «Bodegó de les cebes», es la agradable simplicidad. «Bodegó de la porta», grande con dos palomos, la llave colgando, cestos de fruta, es una composición en la que el resultado es por acumulación de diversidad de valores e

incluso temas. Sigue con los bodegones en el siguiente, el doce, con «Bodegó del Conill», en el que el animal ocupa un centro en torno al cual los rojos de la sandía y los tomates, contrastan con el gris.

Hay como un cambio, o entrada de nuevos conceptos en el trece «La nena de la sindria», en que aparecen las gitanas, con su mirar, el niño a cuestas y este mundo de unas gentes que han sido estudiadas por todos, y que Baig Minobis lo hace con el respeto al ser humano que merecen, e incluso diríamos con cierta admiración, ya que nadie ignora gozan asimismo de ciertos privilegios, quizás más interiores que exteriores.

El «Retorn del camp», es una estampa bucólica con interpretación concreta. El hombre con el cordero al cuello, la mujer, las expresiones de cansancio y serenidad a la vez.

Otra vez nos encontramos con las gitanas en el número quince «Gitana», de espaldas, son dos niños desnudos en los brazos. Y el que seguía, con tres gitanas, dos de pie cada uno de ellas con un niño en brazos, y la sentada, canchada, en estado de buena esperanza.



Tord

Otro cambio aparente, pero siempre con la misma sensibilidad, color, y fuerza en las líneas. Aparece otro de los personajes de este mundo real elevado a poesía gracias a Baig Minobis. Y así el diecisiete es «Pallasso del saxofon», que da pie a su autor a seguir con este análisis de los rostros de seres humanos, que pueden incluso estar desfigurados exteriormente, pero que tratan, y consiguen, a través del gesto, ojos, etc., hacernos penetrar en su interior, como esta alegría del rostro figurado.

Contrastes en continuidad, y por ello, pasamos a «La Bruixa» abrazada a la cabeza de un caballo, con la realidad-irreal de un subconsciente que tanto se ha estudiado. La diecinueve «Bruixot» muestra la mueca del surrealismo, un auténtico espantapájaros. Y es que Baig Minobis, sin poder calificarlo como surrealista, cuando pinta, o mejor aún, interpreta ciertos

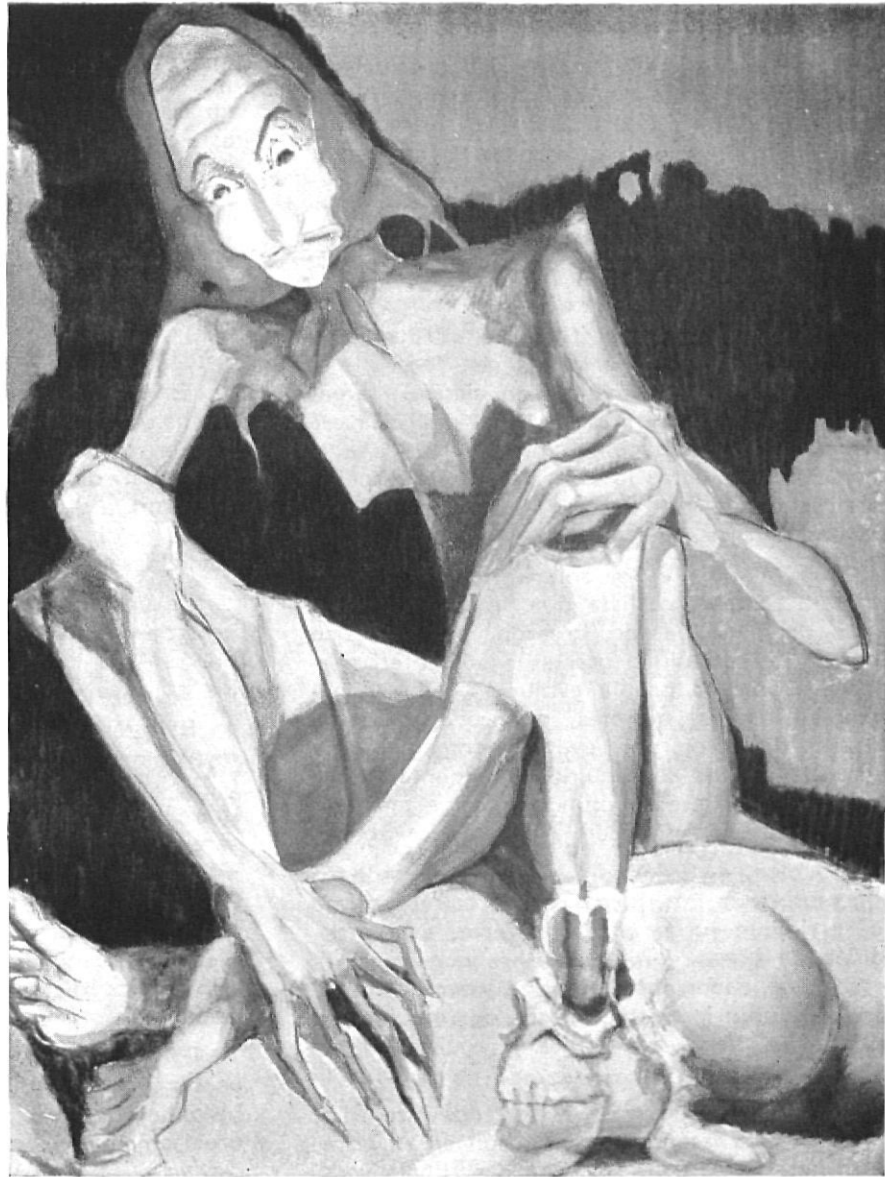
personajes y parajes, lo hace en surrealismo, no por seguir una tendencia, sino porque el surrealismo está allí, se muestra con sus indudables puntos de fascinación, de medio para expresar mejor, si cabe este mundo insólito en el que, de vez en cuando, la tramuntana le da su pincelada que permanece. Otra «Bruixa» esquelética donde la fruta de un cesto con su color hace más patética la figura.

El veintiuno se titula «Capdemort», y aquí, en este caso en acuarela que domina plenamente como el óleo, la desnudez gris de una calavera sobre el rojo-fuego que la debora, es sobrecogedor. «El frare», una meditación que hace meditar con las manos asidas como centro de expresión.

«¿Gegants o molins?», es como un mural por sus dimensiones y por la conjunción de líneas y colores, en figuras de quijotes superpues-



*Retorn del camp.*



*La Bruixa.*

tas con ritmo electrizante, mientras Sancho en el ángulo inferior derecho, entre atónito e incrédulo, contempla aquella batalla mental de su protagonista, mentalizada y expresada por el artista.

Otro «Grup de gitanos», el veinticuatro aporta alegría a través del color y de las figuras jóvenes. Pero la tragedia, cual esperando en cada esquina, vuelve a aparecer en la «Bruixa pentinant-se», en su intento de buscar la belleza a través del peinado. Y sigue, en grupo la «Nit de bruixes», en el que la luna asoma para iluminar a los caballos escuálidos que acompañan a las figuras. Otras, «Bruixes a l'aguait...» ¿a quien o que vigilan, miran o están atentas?

Vuelven los gitanos en el número 28. Cuando los niños, antes que gitanos u otra cosa, son simplemente niños, aportan esa expresión entre serena y asustadiza que tan fielmente refleja

Baig Minobis en los rostros humanos. Y en el siguiente «Maternitat», también cuando la madre, antes que gitana es simplemente mujer, y refleja la esperanzadora ternura.

¿Están siempre tristes los gitanos? En el número treinta y uno «Cap de gitana», nos muestra esta faceta. Sigue «Bodegó de les pomes» en el que hay más manzanas que las utilizadas por Eva, pero con este color en el que tanto se apoya y tanto, más que sugerir concreta, en la pintura de Baig Minobis. Complementa este el «Bodegó de la butifarra», donde vuelve a aparecer la manzana si bien en este caso, como punto final de la butifarra y el pan, elementos de los que se vale, para dar vida a algo aparentemente estático.

Un «Cap de gitana». A veces, —como en esta—, parece cual si estuvieran comulgando, tal es su piadosa meditación o concentración,

para seguir, ya en el número treinta y cinco con «Gitanos» que es como un camino continuo.

«Bruixa de l'ocell», es un diálogo, lucha o intentos de la bruja que parece pretender transformar al pájaro, cual si sobre el mismo estuviera vertiendo las palabras mágicas. Entre brujas y gitanos va recreándonos con las expresiones adecuadas a cada momento. El número treinta y siete «Gitanos», estos parecen más emancipados, y van sobre los asnos, compañeros de fatigas.

El último, también titulado «Bruixa», es como un compendio de los demás. Toda ella es bruja. Cabeza, ojos, manos esqueléticas, largas uñas, posee, expresión de la boca, una calavera a sus pies... meditación o punto estático a la vez de un ser entre lo irreal de su concepción y la realidad, —o al menos aproximación—, de algunos detalles.

Baig Minobis es el enlace justo y preciso entre la fantasía realista que situaciones especiales del siglo pasado, crearon, y que siguen estando de actualidad gracias a sus interpretaciones. Como la propia evolución del ser humano, —brujas, quijotes, gitanos, payasos—, a través del color, nos lleva a la tragedia, y ha querido, y lo ha conseguido plenamente, decirnos, contarnos ese su mundo interior tan bien adaptado a su Ampurdán y a la época actual.

El color, es su medio de expresividad. No podemos decir que juega con el color, porque no es ningún juego ni ningún azar, esta ordenación de líneas y matices, para conseguir diversas finalidades interpretativas, pero siempre con el equilibrio justo, adecuado, real incluso cuando así debe ser, en la irregularidad temática.

Hay un mundo que parece nos precedió, pero que está latente, flotando aún en su obra, como notario para la posterioridad. En la serenidad de sus rostros de gitanas, con dibujos de líneas ondulantes y colores, cálidos unas veces, fuertes otras, para pasar a sus brujas en las que el surrealismo está más en el ambiente que en las propias formas.

Es como una fantasía surgida de la leyenda, de cuanto emanaba en estas tierras, con las «brujes» de Llers que describiera Fages de Climent —camino paralelos en constancia, imaginación y expresión del sentir—, narrada en este caso con el color y los pinceles como el vate lo hiciera con sus rimas.

En poesía, Baig Minobis también hubiera ido de las descripciones épicas, a lo Larra, a los sonetos cálidos de Campoamor. Porque sabe dar «facilidad» a su pintura, Contorsiona, si acaso, la expresión de su figura, pero no lo que esta nos dice.

Es un colorista magnánimo, porque magnánimos son los colores que le ofrece la naturaleza que le rodea, y él capta y traslada, —traslada con orden de una bien concebida partitura musical con la diversidad de instrumentos—, sobre la tabla, el lienzo o el papel que ha escogido como base de su exhuberancia creativa.

De una obra pequeña en tamaño, —una cabeza de gitana—, salta, se traslada, —como sus brujas—, a temas de gran complejidad, como los quijotes y molinos.

Baig Minobis, cual si lo hiciera tímidamente, nos ha mostrado esa su obra, con cuadros pintados desde el año 1931 hasta la actualidad. Una vida escrita a pinceladas, un enfrentamiento sereno con cuanto influye en el propio ser de esto que algunos tildan de fantasías, pero que la persona, desde las realidades concretas hasta tienen esa vida, puede algo abstracto, que complementa, da incluso fuerza y motivación a la que parece dictarnos la circunstancial u obligada.

Porque Baig Minobis no conoce el egoísmo en ningún aspecto. Quiere compartir cuanto de bello hay en la expresividad. Y lo bello, no es precisamente lo bonito. Sino la fuerza en saber captarlo, comprenderlo, vivirlo, sentirlo, y en su caso especial, incluso expresarlo para que todos podamos participar. Y quizás este, sea su más definitivo logro. Llevarnos por un camino con poético realismo, de la mano de la línea y el color.